

CRITICA TEATRAL.—

"La Pérgola de las Flores"

Un cuadro colorido, optimista, grato a la vista y al oído, es la comedia musical de Isidora Aguirre y Francisco Flores del Campo. Yo la llamaría "sainete", por estar más dentro de la tradición del teatro peninsular, con todas las diferencias que se quieran ver. El reflejo de las costumbres y el uso de personajes caricaturescos y típicos acercan "La pérgola de las flores" a ese género que dió todas las piezas menores de la zarzuela.

Pero el nombre importa poco. Sólo cuentan los resultados. Los aplausos fervorosos del público revelaron la noche del estreno la impresión favorable dejada por la obra y por sus intérpretes. El asunto es mínimo. Gira en torno a la alarma creada en las vendedoras de flores por el posible peligro de la demolición de la antigua Pérgola. Alguien dispuesto a ver en todo antinomias trascendentales diría que nos hallamos frente al conflicto que opone el progreso a la tradición. Las pergoleras luchan contra los avances del urbanismo y prefieren el tipismo del mercado de flores al ensanche de la Alameda impuesto por una vida más febril.

Interpretación, sin duda, excesiva. El tema sirve como pretexto para urdir el episodio jocoso presentando una serie de personajes específicamente típicos—don Alcibíades, el Alcalde; doña Laura, dama sofisticada; Carlucho, "niño bien"; Pierre, el peluquero adamado; las floristas, etc.—adornado todo con una serie de canciones de tenue y fina inspiración. Uno de los méritos mayores de la obra me parece estar en la música de Francisco Flores del Campo. Su pegadiza, pero depurada belleza, que ambas cosas son a menudo compatibles, la harán en seguida popular. En el florilegio de melodías destacan la tonada sentimental, que constituye el leit motif de la obra, la tonada de medianoche—cuya delicadeza y penetrante embrujo resaltarían más sin el aditamento poco feliz de la pareja que baila—y en su eficaz intención irónica la titulada "Yo digo siempre que sí".

Predomina la parte cantada sobre el diálogo, siempre gracioso y de una comicidad mantenida en los límites de lo discreto. Los episodios en que interviene Silvia Piñeiro (Doña Laura Larraín vda. de Valenzuela) alcanzan brillo en los primeros jocosos, en la parodia afiligranada de la dama figurera y amanerada. La escena en que Pierre la masajea es de una comicidad grotesca e incalculable. Muchas veces pensamos en el resultado que podría obtenerse

de la actriz si se escribiera una obra que abarcara la pluralidad entera de sus talentos y los explotara hasta los límites posibles.

"La pérgola de las flores" es desde el punto de vista de la estructura dramática bastante débil. El primer acto se prolonga con exceso y da la impresión de un acumulamiento desproporcionado de canciones. El sistema seguido por los autores parece ser—digo, parece—el de someter el desenvolvimiento de la trama temática a la música y no ésta a la acción estrictamente teatral. Me inclino a creerlo así por lo abrupto del cambio en la irrupción melódica.

La obra posee una masa considerable de personajes. Eugenio Guzmán, director, se ha enfrentado a una tarea no exenta de dificultades. Ayudado por la coreógrafa Juana von Laban consigue mover en el escenario, de escasas dimensiones, a ese conjunto, evitando confusión y desorden. Cuando Gémier visitó el Museo del Prado, frente a "los fusilamientos de la Moncloa" de Goya, exclamó: "¡Ya quisiera yo meter a toda esa multitud en los límites de un tabladillo teatral!". Y conste que Gémier era especialista en el manejo de muchedumbres. Guzmán ha logrado espectacularidad realizada por el movimiento de integración de cada elemento al conjunto, la coreografía de Juana von Laban y la belleza de los

trajes. La escena de los estudiantes nos parece en este punto la mejor por su brioso dinamismo y entusiasmo.

La actuación del numeroso "elenco" es necesariamente irregular. Destacan ostensiblemente Silvia Piñeiro, Ana González, Elena Moreno, Ana Klesky, Maruja Cifuentes, Carmen Barros, Rubén Unda, Justo Ugarte, Fernando Colina, Mario Hugo Sepúlveda y Mario Montilles. La obra no exige de ellos interpretación de problemas íntimos. Son todos, con excepción de las "pergoleras", tipos de "maquette", un poco caricaturas. Su desempeño se ajusta en general al esquema de abultadas líneas. Ana Klesky está deliciosa y Rubén Unda aparece en su jocosa encarnadura como un personaje irremediamente anacrónico, antiguo. Hernán Letelier es Pierre el peluquero y en él pone su mejor talento de histrión. El aporte de Matilde Broders es considerable en una obra en que es necesario cantar.

Entre las pequeñas manchas está la presencia de los pelusas, lustrabotas, suplementeros, etc., excesivamente "mozallones" para el papel que les toca desempeñar.

Bernardo Trumper es el autor de los bellos trajes y decorados de esta obra a la que puede vaticinarse larga permanencia en el cartel.

Critile